



Los Felicitadores

GIL, Pío¹

Se puede perfectamente cultivar en un país una cualidad dada, para hacer de ella el distintivo típico del carácter nacional. Los griegos cultivaron el sentimiento de lo bello, y fueron artistas; los romanos el sentimiento del dominio, y fueron conquistadores; los cartagineses el sentimiento del lucro, y fueron mercaderes; los yanquis tienen el culto de la voluntad y son hombres de acción. Los venezolanos tenemos el culto de la servilidad y somos felicitadores.

El servilismo y el despotismo se han colocado frente a frente, influenciándose recíprocamente en una acción de causa y efecto; el servilismo produce el despotismo, y éste, a su vez, genera aquél, en una reproducción que se prolonga espantosamente al infinito, como los espejos paralelos reproducen al infinito la misma imagen. Si no hubiera déspota no habría serviles; si no hubiera serviles, no habría déspotas. De manera que los áulicos son co-autores con el déspota de la ruina de un país. Esta sencillísima lección de sentido común debería advertirnos que el castigo que se impone a un tirano, debe alcanzar también a las camarillas co-rresponsables con el tirano del desastre nacional; y que nada, absolutamente nada habremos ganado con salir de un autócrata, si sus cortesanos rodean al nuevo gobernante, para sugerirle las anteriores prácticas cesáreas.

1 Este seudónimo fue usado por Pedro María Morantes en casi todas las publicaciones. Nació en San Cristóbal el 24 de octubre de 1865 y murió en París el 04 de febrero de 1918.

En prueba de lo dicho ahí está el general Gómez, que no tiene vocación, ni talento, ni carácter para ser un dictador, pero que al fin lo será a su pesar por obra y gracia de los palaciegos que pondrán en sus manos una dictadora que ellos se encargarán de ejercer como tutores de Gómez.

Todo se ha conspirado en Venezuela para producir el apocamiento del carácter. El periodismo en manos de los ganapanes y la política en manos de los explotadores, han establecido este régimen de aplauso incondicional que a los explotadores han tributado siempre los ganapanes. La vileza se premia tanto como se castiga la altivez. La lealtad a los magistrados consiste en ocultarles los peligros, no en descubrirselos. Se busca para los puestos públicos, no a los hombres honrados, que serían unos censores, sino a los pilletes, que son unos instrumentos. A los tribunales van, no los hombres incorruptibles, que protegen a la sociedad, sino los Delgados Garcías y Panchos Niños que absuelven a los criminales. Se proscriben a los hombres inflexibles, y se utiliza a los hombres dúctiles. Se enseña que en matemáticas la línea recta podrá ser el camino más corto entre dos puntos, pero que en política, el camino más corto es la línea tortuosa. Se tiene a la austeridad como una gran tontería, y a la desvergüenza, como una gran viveza.

Constantemente se ofrece a la vista ejemplos como el de Atilano Vizcarrondo, que después de saquear la Tesorería de los Andes, es premiado por Crespo con la Jefatura del Estado Mayor del Ejército, y Samuel Niño, que después de saquear la Tesorería de Carabobo, es premiado por Gómez con el usufructo de la Imprenta Nacional. No es ya la falta de castigo del delito lo que reina, lo que reina es una iniquidad todavía mayor: el galardón de los delincuentes. Los asesinos que tienen las agravantes de la premeditación y la alevosía, como Eleuterio García, son absueltos y premiados con todo género de atenciones, y Arévalo González, única voz que censura la cínica absolución, va a la cárcel.

En un país donde se respira esta atmósfera moral, los aduladores tienen a su disposición muchas imprentas, todas las imprentas que se les quita a los caracteres independientes. En todos los estados

hay una tipografía que sólo sirve para publicar los acertados decretos del progresista gobierno del benemérito general X o del ilustrado doctor Z., sino también para editar uno de esos periódicos ocasionales y efímeros, aplaudidores sistemáticos de todos los actos gubernamentales, redactados por el Ángel Carnevali de la localidad, y en las columnas de los cuales se organiza el coro felicitador que muchas veces hace sonrojar a la misma vileza, y que extiende por donde quiera la gangrena de la impunidad y de la falsificación.

Existen los aduladores de profesión y vocación, los aduladores pur sang, anatómicamente organizados por la naturaleza para el oficio, con glúteos anestesiados al punta pie, con mejillas insensibles al bofetón, con rostros ignorantes del pudor, con consciencias refractarias al remordimiento, con espinazos capaces de describir, sin romperse, arcos de 180 grados, y rodillas capaces de recorrer, sin ulcerarse, todas las antesalas que ha habido desde la casa de Guzmán Blanco hasta el palacio de Miraflores, pasando antes por el palacio de Santa Inés y el palacio de Villa Soila; turba infinitamente miserable, desastrosamente corruptora, pero triunfante siempre, que en la chismografía palatina empieza con González Guinan, en los water closet de los ministerios con Lino Duarte Level, en el rufianismo con Panchito Alcántara, en el periodismo con Andrés J. Vigas, en la poesía con Andrés Mata, en la literatura con Juan Liscano; turba siempre victoriosa en virtud de la ley que hace flotar el corcho, y siempre impune, porque su infinita miseria queda más allá del límite a donde alcanzan los castigos humanos, y no se puede mandar a azotar por no encanallar el látigo.

Para poder medio vivir en Venezuela, a los hombres honrados no les basta vivir honestamente de su trabajo, metidos en el fondo de sus hogares, devorando todas las iras que les causa la corrupción circulante. Se necesita una cosa más difícil todavía, imposible casi para ciertos caracteres: se necesita estar bien con el gobierno, y para estar bien con el gobierno, hay que adular a los gobernantes, hay que cumplir con el rito de la adulación a todo trance, impuesto por los felicitadores de profesión: hay que decir que son unos Apolos esos motilones, que son unas capacidades esos cretinos, que son hipogrifos esos hipopótamos, que son honrados

esos ladrones, que son liberales esos Torquemadas, que son bondadosos esos asesinos; y esto no basta: los favoritos y los subalternos son también vanidosos y exigen su parte de alabanza: hay que decir que Gurmensindo Rivas es un rebelde, que Gil Fortoult es un diplomático hábil, que Alejandro Ibarra es un experto Almirante, que Mariano García es un leal teniente, y que Juan Pablo Peñaloza es un Palafox.

Se ha establecido como verdad inconclusa que el que no adula a los Magistrados y sus favoritos, no es amigo del Gobierno; y se ha establecido como práctica policial que el que no es amigo del Gobierno va a la cárcel. Y un día cualquiera del mes, onomástico de un cerdo cualquiera que está en la Presidencia de cualquier Estado, o en cualquier Ministerio, o en la Gobernación de Distrito Federal, sale un polizonte a recoger firmas para felicitar al Presidente, o al Ministro, o al Gobernador, y anotar en una lista aparte a los que se niegan a suscribir la asiática zalema. Habrá quien prefiera no firmarlas antes que figurar en la lista de los que al día siguiente estarán en la cárcel, bajo la inculpación de enemigos del gobierno. ¿Para qué ese sacrificio inútil, que no encontrará imitadores sino detractores? ¡Y las felicitaciones vuelan, para ocultar con una adhesión embustera el odio a los gobernantes, con mentidos bombos al progreso nuestro atraso, y con una alegría ficticia nuestras inmensas desdichas! Las felicitaciones vuelan alrededor del cuadrúpedo que ocupa algún escalón en la jerarquía administrativa, para producir desvanecimientos a estos infelices de cerebro débil, que sienten el vértigo de las pequeñas alturas, y se creen unos Alejandro cuando han trepado algunos peldaños en la escala del éxito.

* * * * *

Carta 1:

Telégrafo Nacional – De Cumaná, el 23 de mayo de 1905 –
Las 11 hs. 30 ms. a. m.

Señor Ministro de Relaciones Interiores.

En este día glorioso en los anales de la Restauración Liberal, presento a usted mis patrióticas y más calurosas felicitaciones. Entre

gratas manifestaciones de regocijos públicos, bajo la iniciativa entusiasta de este Gobierno, celebran todos los pueblos del Estado esta fecha en que culminó la gloria y el prestigio del General Castro, y quedó establecido el fundamento de la regeneración nacional.

Dios y Federación

Aquiles Iturbe

Primera parte del documento, fechado en Málaga abril de 1911. En los próximos números se continuará, acompañada cada parte con una carta de la antología que sirva como ejemplo de las afirmaciones expresadas por Pío Gil.

